

inglés se hubiera escapado, y la mar hubiera quedado por los franceses. Hoche y una valiente guarnicion quedaban en Dunkerque, y las dunas de esta plaza, con sólo hacer una marcha de dos horas, hubieran sido las horcas caudinas de Inglaterra. El general no vió ó no conoció lo propicia que le habia sido la fortuna; dejó al ejército del duque de York que desfilase en paz á lo largo del mar por una lengua de arena que une á Dunkerque con Furnes, y que fuese á reunirse á Bélgica á los cuerpos de Walmoden y del príncipe de Orange. Houchard, vencedor, se condujo como vencido y se volvió á Menin, en medio de las murmuraciones del ejército.

La noticia de la victoria de Hondschoote colmó de alegría á Paris; pero el pueblo fué cruel aún en medio de su júbilo. La Convencion echó en cara al general vencedor su misma victoria, y le acusó de traicion. Sus comisionados en el ejército del Norte, Hentz, Peyssard y Duquesnoy, destituyeron á Houchard y le hicieron comparecer ante el tribunal revolucionario. «Houchard es culpable—decian á la Convencion—por haber vencido á medias; el ejército es republicano, y verá con placer que se entregue un traidor á la justicia, y que los representantes del pueblo vigilen á los generales.» El desgraciado Houchard fué condenado á muerte, y sufrió su suplicio con la intrepidez de un soldado y la calma de un inocente. No era culpable sino de vejez. Su muerte enseñó á los generales de la república que ni la victoria libertaba del cadalso, y que no habia seguridad sino en la completa obediencia á las órdenes de los representantes del pueblo. En una guerra extrema y en la cual combate la nacion entera, el pueblo es quien manda, y sus representantes son los verdaderos generales.

## IX

Las operaciones militares sobre nuestras fronteras hasta el mes de Enero de 1794 se limitaron á la ocupacion de Saboya por Kellermann, á la del condado de Niza por Biron, cuyos dos generales lucharon en acciones brillantes pero parciales contra el ejército austro-sardo, fuerte de ochenta mil hombres, y contra inexpugnables murallas naturales; á una campaña desgraciada para los franceses en los Pirineos contra el general Ricardos, pero en donde el anciano general frances Dagoberto, de edad de setenta y cinco años, se cubrió de gloria y reparó veinte veces los descalabros que la insuficiencia del número y los azares de la guerra de montaña hicieron sufrir á nuestro ejército; y finalmente, á las maniobras de Houchard y de su sucesor Jourdan para cubrir á Maubeuge, objeto combinado de las operaciones de los coligados, á quienes aquel punto abria las avenidas de Paris.

Defendida Maubeuge por una fuerte guarnicion y por un campo atrincherado de veinticinco mil hombres, era diezmada por el hambre y por enfermedades epidémicas. Ciento veinte mil hombres la cercaban. El anciano general Ferrand mandaba el campo, y el general Chancel la plaza. Su intrepidez no podia nada contra el hambre, contra las enfermedades y contra la falta de municiones que un largo sitio habia apurado. El patriotismo de los generales, de los soldados y de los habitantes sólo servia para disputar algunas horas más esta puerta de Francia, cuando Jourdan y Carnot anunciaron su proximidad por el estampido del cañon. Ochenta mil hombres del príncipe de Coburgo atrincherados, como habia hecho en otro

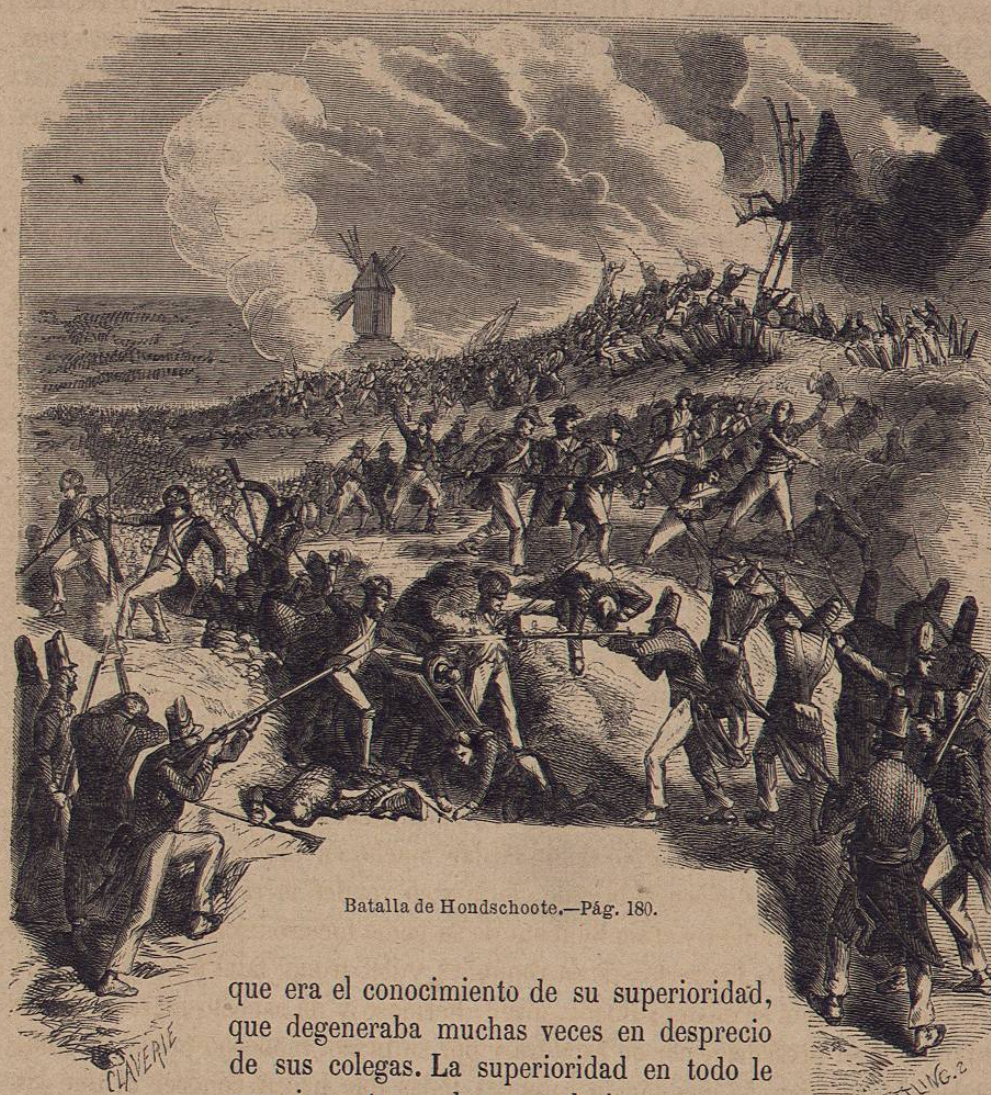
tiempo Dumouriez en el Argonne, en una posicion cuyo centro es Wattignies, esperaban á los franceses. Estos los atacaron en cinco columnas, el 15 de Noviembre á las diez de la mañana. Nuestros soldados titubeaban y aún retrocedian en muchos puntos. Carnot, que estaba presente, combate y acusa de cobardía á Jourdan. Esta palabra odiosa llega á oídos del general, y le hace indignarse hasta la demencia. Al oírlo, se lanza á una muerte cierta con una division para escalar una meseta inaccesible bajo el fuego de las baterías de Clairfayt. Su columna fué barrida por la metralla, pero él siguió adelante casi solo. Carnot le consoló, reconociendo su injusticia y su error, y le dejó en libertad de ejecutar su primer plan. Jourdan formó entonces su centro de ataque con una masa de veinticinco mil hombres. Los batallones franceses, encerrando dentro de sus cuadros baterías volantes, abriéndose para hacer sus disparos y cerrándose para cubrirlas, construyeron así una ciudadela movible con ellos en la cima de la meseta. Todo fué barrido por esta formidable columna. Algunas masas de caballería imperial hicieron inútiles esfuerzos para arrollar las cabezas de las otras columnas. Solo una, la del general Gratien, se dejó desbaratar y se desbandó. El representante Duquesnoy, que se encontraba allí, destituyó á Gratien, tomó el mando en nombre de la patria, reunió á los soldados y los condujo á la victoria. Wattignies fué tomado, y los austriacos huyeron ó quedaron muertos en el campo. Desde lo alto de éste, Carnot y Jourdan divisaron á Maubeuge y oyeron los disparos de aquella plaza, que respondia con salvas de alegría á las descargas de sus libertadores.

La batalla de Wattignies, primera ventaja obtenida por un general cuyo genio habia adivinado Carnot, hubiera sido más decisiva si los veinticinco mil hombres del campo de Maubeuge, al mando del general Ferrand, hubieran cooperado á la accion é impedido al príncipe de Coburgo y á Clairfayt que repasasen el Sambre. Los soldados de la guarnicion y los del campo, con el instinto de la guerra, pidieron que se ejecutase esta maniobra. Chancel, que mandaba en Maubeuge, tambien opinaba del mismo modo. La falta de órdenes para hacerlo y la excesiva prudencia de Ferrand no le permitieron acceder á aquellos deseos. La Convencion, sin embargo, necesitaba una víctima, y el inocente Chancel subió al cadalso.

## X

En el ejército del Rhin, el carácter desconfiado de los representantes del pueblo acababa de reemplazar en el mando á Custine por Beauharnais, á éste por Landremont, á Landremont por Carlen, simple capitán un mes ántes, y á éste, en fin, por Pichegru. Este ejército, fuerte de cuarenta mil hombres, defendia la entrada de la Alsacia en las líneas fortificadas de Wissembourg. Wurmser, el más afortunado, aunque el más anciano de los generales del imperio, sorprendió estas líneas y las tomó por la impericia de Carlen. Este general, amenazado por otro flanco por el duque de Brunswick, se habia retirado hasta las alturas de Saverne y de Strasburgo. Wurmser, al sacio de nacion, entró triunfante en Haguenau, su patria. El terror habia pervertido hasta la traicion el espíritu de una parte de la poblacion de Strasburgo, verdadero baluarte del patriotismo, y se habian entablado sordas negociaciones para entregar la plaza entre Wurmser y las principales familias de la ciudad. La única condicion que se ponía era que el general austriaco ocupase la

plaza en nombre de Luis XVII. Descubierto á tiempo este complot, setenta vecinos de Strasburgo subieron á la guillotina, unos convictos de conato de traicion, otros de simple realismo. El fuerte Vauban fué tomado por los austriacos, y Landau iba ya á caer. Saint-Just y Lebas fueron enviados á la Alsacia para intimidar á la traicion ó á la debilidad con la muerte. Pichegru y Hoche llegaron al mismo tiempo, uno para tomar el mando del ejército del Rhin, y el otro para tomar á los veinticinco años el del ejército del Mosela. La esperanza entró con ellos en los campos, mientras que el terror entraba con Saint-Just en las ciudades. «Vamos á ser mandados como los franceses deben serlo,—escribian del ejército despues de haber sido revistado por los dos generales.—Pichegru tiene la gravedad del genio. Hoche es jóven como la revolucion, y robusto como el pueblo. Su mirada es orgullosa y altiva como la del águila.» Estos dos nuevos jefes debian justificar el entusiasmo del ejército. Pichegru habia sido sustituto de una cátedra de matemáticas en el monasterio de Arbois, pueblo de su naturaleza; despues se alistó como simple soldado en la guerra de América, y vuelto á su patria al principio de la revolucion, habia presidido el club de Besançon. Un batallon sin comandante, que pasaba por esta ciudad en 1791, le sacó del club para que se pusiese á su cabeza. En dos años, su energía, sus luces y el imperio que tenia sobre los hombres, le habian elevado al grado de general de division. Robespierre y Collot-d'Herbois le protegieron, viendo en él uno de esos jefes que convienen á la república, salidos de la oscuridad, modestos, llenos de genio, pero sin brillantéz, capaces de servir, pero incapaces de ofuscar. «¡Juro—les escribió Pichegru cuando tomó el mando—que haré que triunfe la Montaña!» No debia tardar mucho en dar cumplimiento á su promesa y en engañarles, en cubrir de gloria y en vender la república; hombre á quien su elevacion rápida y el sentimiento de su genio hicieron soñar en una dictadura quimérica sobre los restos de la república y del trono, fatal á los dos partidos, y sobre todo á sí mismo. Hoche, jóven, hermoso y de aspecto marcial, héroe antiguo por su presencia, por su estatura y por su brazo, moderno por el estudio, por la lectura y por la meditacion, prendas todas que hacen conocer al que las posee que la fuerza consiste en la inteligencia; hijo de una pobre familia, pero marcado con el sello de la aristocracia de los grandes destinos, se alistó á los diez y seis años en las guardias francesas, haciendo por la mitad del haber el servicio de sus camaradas, y empleando lo que este trabajo material le producía en comprar obras militares y de historia con que pasar las noches instruyéndose y preparándose á igualar la gloria de tantos ilustres modelos. Enviado á Paris como ayudante de campo del general Leveneur despues de la defeccion de Dumouriez, fué introducido en el comité de salud pública para manifestarle el estado del ejército. Allí llamó la atencion general por la precision de sus respuestas, por la extension de sus miras y por la elocuencia marcial de su palabra. Esta entrevista, en que los hombres de Estado presintieron el hombre de guerra, le valió el grado de ayudante general. La defensa de Dunkerque llamó la atencion de Carnot, y le mereció el grado de general de brigada. Se apoderó del mando como si fuese una herencia. Cuanto más se le elevaba, más grande parecia; ésta es la perspectiva de los hombres predestinados á la admiracion de la posteridad. Algunas maniobras hábiles sobre Furnes é Ipres, para enmendar las faltas de Houchard, le llevaron como por la mano al mando del ejército del Mosela. Hoche no tenia más que un defecto,



Batalla de Hondschoote.—Pág. 180.

que era el conocimiento de su superioridad, que degeneraba muchas veces en desprecio de sus colegas. La superioridad en todo le parecia pertenecerle tan exclusivamente, que no podia sufrir que se le disputase. En una revolucion en que la ambicion y el talento podian aspirar á todo, no es fácil saber hasta dónde hubiera llegado Hoche, si la muerte no hubiese cortado su carrera.

En la Vendée, los generales enviados continuamente por el comité de salud pública destruian sus batallones en una guerra civil, que volvia á reproducirse apenas se habia sofocado. Ganaban batallas parciales, y perdian la campaña. Esta guerra social, la más peligrosa de todas las que tuvo que sostener la república, merece un sitio aparte y una relacion no interrumpida. Hablarémos de ella con más extension cuando tratemos de aquel momento en que esta guerra fué á la vez más activa, más grande y más desastrosa.

Otros dos focos de insurreccion, Lyon y Toulon, estallaban á un mismo tiempo en el seno de la república, llamando hácia el Mediodía las miradas y la energía desesperada de la Convencion. Vamos á trazar brevemente sus elementos, su fermentacion, su explosion y modo de apagarla, ora con las armas, ora con los suplicios, doble medio de accion del comité de salud pública.

## XI

Lyon está situado, como todas las grandes ciudades industriales, en cierto punto preciso de terreno en que el suelo, el cultivo, los combustibles, el fuego, las aguas y las poblaciones apiñadas alrededor suministran todos los elementos y todos los brazos necesarios para un gran trabajo, y en el cual los valles, las llanuras, los caminos y los ríos se abren, se ramifican y corren para llevar y distribuir sus productos á las provincias y á los mares. La geografía y la industria se comprenden y parece que combinan de acuerdo la situación de estos vastos talleres humanos. Este fenómeno es tan instintivo que se observa también en los animales desprovistos de raciocinio. Los grandes hormigueros y los grandes enjambres de abejas siempre se establecen en la embocadura y en las encrucijadas de los caminos, de las aguas y de los valles.

La posición militar de Lyon guarda la debida proporción con su posición como ciudad mercantil. Una elevada península llamada la Dombe se extiende desde Trevoux por un lado y desde Meximieux por el otro, entre dos grandes corrientes de agua, el Ródano y el Saona. Aquella lengua de tierra fértil corre estrechándose siempre hasta una meseta elevada llamada la Croix-Rousse, que es un arrabal de Lyon; allí la meseta, cortada casi á pico por los dos ríos, se extingue de pronto, descendiendo en cuestas rápidas, seguidas después de una llanura baja y triangular que llega hasta la confluencia de los dos ríos. Esta llanura estrecha y larga es el sitio en donde está fundada la ciudad.

El Ródano, un torrente inmenso mal encajonado por la naturaleza, corre con estrépito por la izquierda de la población, y va á desembocar en el profundo valle de Vienne, de Valence y de Avignon hasta perderse en el Mediterráneo. Este caudaloso río arrastra con la rapidez de una esclusa las barcas, las almadías, la madera, el hierro, los fardos y los carbones que los bosques, las minas, las fábricas y la navegación confían á su corriente.

A la derecha el Saona, río casi tan ancho, pero un poco menos impetuoso y más accesible que el Ródano, corre lentamente desde las montañas y valles de la antigua Borgoña, penetra en Lyon por una garganta estrecha, en la que hay todavía algunos islotes, y deslizándose por los muelles de la ciudad bajo las colinas de Fourviers y de Sainte-Foi que le dominan al Oeste, va á mezclar sus aguas con las del Ródano en la parte pantanosa de Perrache.

La ciudad, demasiado encerrada entre estos dos ríos, ha roto su primitiva valla, y por decirlo así, se ha desbordado hácia la península situada á la parte del Saona. Su catedral, sus tribunales y sus barrios más pacíficos están amontonados entre la montaña y el río. Las calles están construidas casi en anfiteatro. Parece que las casas, queriendo trepar por aquella inmensa roca, se han visto obligadas á agarrarse á las faldas de la colina. Infinidad de puentes, unos de piedra, otros de madera, facilitan la comunicación entre los dos cuarteles en que se divide la ciudad.

## XII

Por el lado opuesto, la ciudad está situada sobre una playa elevada, ostentando hácia la parte de Levante la extensa y opulenta fachada de los diques de Saint-

Clair. Ninguna colina, ninguna ondulación de terreno encajona el Ródano ni intercepta la vista. El río corre allí casi al nivel de las tierras bajas de Brotteaux. Las vastas llanuras del Delfinado, con frecuencia inundadas por los desbordes del Ródano, se extienden á lo lejos, y dejan que la vista se explaye hasta las colinas negras y ondulantes del Bugey á la izquierda; de frente y por la derecha, hasta la cima de los Alpes, de Suiza, de Saboya y de Italia. Las nieves resplandecientes de estas montañas se confunden en el horizonte con las nubes.

Entre los diques del Ródano y los del Saona se extiende la ciudad propiamente dicha, con sus cuarteles populosos, sus plazas, sus calles, sus establecimientos públicos, su casa de ayuntamiento, sus mercados, sus hospitales y sus teatros. Como el espacio es estrecho, ha habido precisión de apiñar y amontonar los edificios. En todas partes se ve que la población, los talleres, la actividad, la riqueza y el trabajo han disputado el sitio al aire y á la luz, cosas de inestimable valor en el comercio. Al entrar en la ciudad, su aspecto sombrío, austero y monacal angustia el corazón. Las habitaciones estrechas, las casas altas, la luz opaca, las paredes ahumadas, las puertas bajas, las ventanas guarnecidas de papel untado de aceite para ahorrar los vidrios, obstruidos los almacenes de cajas y de fardos; el movimiento continuo pero silencioso de las calles, de los diques, de las plazas públicas; las caras recelosas y preocupadas de los habitantes, que no pierden el tiempo en conversaciones ociosas, pero que se acercan unos á otros con sólo hacerse una señal, separándose en seguida en cuanto se han dicho una palabra al oído sin detener su marcha; la falta de coches de lujo, de caballos y de paseantes en los cuarteles ricos, todo esto anuncia una ciudad seria, preocupada de un solo pensamiento, alma de esta ciudad del trabajo: este pensamiento visible es la ganancia.

## XIII

Su población ofrece en sus diferentes rasgos un contraste chocante con la población risueña, ligera y marcial de las grandes ciudades de Francia. Los hombres son altos, fuertes y corpulentos, pero ágiles y ligeros, porque el pensamiento domina allí á la materia. Las mujeres son de una belleza ideal y casi asiática, y tienen en sus ojos, en su fisonomía y en su porte cierta molice y cierta languidez que recuerdan la vida inanimada y sedentaria del Oriente. Conócese en la frescura de su semblante que ellas son para los hombres unos objetos de cariño, pero no unos ídolos ni un objeto exclusivo de placer. Aunque seductoras, obsérvase en ellas aquella decencia grave, que es como la santidad de la hermosura; su mirada es tierna, pero casta, sus pasiones moderadas por la razón, y la población entera ardiente como las del Mediodía, pero juiciosa como las del Norte.

Al lado de la ligereza de la Francia central y de la vivacidad turbulenta de la Francia meridional, el pueblo de Lyon forma un pueblo aparte: es una colonia lombarda, trasplantada y naturalizada entre dos ríos en el suelo francés. Su carácter es análogo á su conformación. Aunque nada tenga que envidiar á las de otros países, ni por la naturaleza ni por el clima, la inteligencia del pueblo es allí paciente, lenta y perezosa. La atención exclusiva y uniforme de la población entera hácia un solo objeto, que es el lucro, absorbe en este pueblo los demás sentimientos. Las letras están descuidadas en Lyon, y las ciencias languidecen, por-

que los oficios ocupan allí el lugar preferente. La pintura florece, y la música, la ménos intelectual y la más sensual de todas las artes, es cultivada con esmero. Este arte conviene á una ciudad que por las noches, despues de un dia de continuo trabajo, va á comprar en los teatros sus placeres, como compra todo lo demas.

El choque de las ideas y de los sistemas que agita y alborota el mundo intelectual, se amortigua en aquellos muros. Una ciudad semejante cambia poco sus ideas, porque no tiene tiempo para reflexionarlas. Vive de sus tradiciones, y se transmite sus costumbres y sus opiniones hereditarias, del mismo modo que sus monedas de oro, sin reconocerlas y sin pesarlas. Esta ciudad es la de la regularidad, del hábito y del orden. Una sábia rutina de costumbres y de vida es, unida á la economía, la virtud que eleva al más alto grado de estimacion pública. Las grandes luces ofuscan, los grandes talentos inquietan allí, porque destruyen la regla, reina absoluta de las costumbres. Las capacidades superiores sufren el ostracismo de la indiferencia. Así, Lyon se ha dado á conocer con frecuencia como un gran pueblo, pero rara vez han salido de él grandes hombres.

## XIV

Se concibe que las virtudes de un pueblo semejante deben participar de su naturaleza. Posee muchas, y entre todas el trabajo, la economía y la probidad. Hasta sus virtudes son lucrativas. Es religioso, pero no hasta el fanatismo que supone el entusiasmo. Su clero es numeroso, respetado, obedecido, y ejerce un imperio absoluto sobre las familias, sobre las mujeres, en la educacion de los niños, en la nobleza y en el pueblo. Varios monasterios de todas las órdenes religiosas de hombres y mujeres cubren sus colinas. Parece que Italia ha desbordado hasta allí por encima de los Alpes con sus pompas religiosas y su espíritu clerical. La imaginacion del pueblo conserva siempre una infatigable avidez de imágenes milagrosas, de estatuas animadas, de capillas privilegiadas, de peregrinaciones, de predicciones, de apariciones y de prodigios. Lyon se acuerda de haber sido la primera colonia del cristianismo en las Galias. Los sepulcros de sus santos y de sus mártires, sus catacumbas, sus iglesias romanas y catedral gótica de San Juan, todo recuerda la Roma de los galos. Todo atestigua en el aspecto exterior de la ciudad y en los ritos de su piadoso pueblo que el catolicismo estaba profundamente incrustado en su alma, del mismo modo que en su suelo, y que para extirparlo era necesario extirpar toda la ciudad.

## XV

Lyon forma dos ciudades distintas, y contiene en la apariencia dos pueblos: la ciudad comerciante, que se extiende desde las alturas de la Croix-Rousse hasta la plaza de Bellecour, y que tiene por centro la plaza de Terreaux; la de la aristocracia, de los capitalistas y comerciantes retirados ya del tráfico, por haberse enriquecido, se extiende alrededor de la plaza de Bellecour y por los cuarteles opulentos de Perrache. Allí está el trabajo, aquí el placer; allí la clase media, aquí la aristocracia. Pero á excepcion de un corto número de familias militares y feudales,

esta aristocracia bursátil difiere poco de la clase media, de donde procede. Cierto es que no trabaja ya materialmente, pero pone sus capitales y está á la mira de sus intereses en las fábricas y demas comercios de la ciudad manufacturera. Los fabricantes son unos arrendatarios industriales de estos ricos prestamistas.

La ciudad es esencialmente plebeya. La clase media, innumerable, rica, sin fausto, hija del pueblo, de donde está saliendo continuamente y volviendo á él sin



Batalla de Wattignies.—Pág. 183.

avergonzarse por el trabajo de sus manos, recuerda aquellos gremios de artes y oficios de la *seda* y de la *lana* de la república mercantil en Florencia, cuya historia cuenta Maquiavelo, y que honrándose de su industria y llevando por bandera los útiles del lagarero y del tejedor, formaban facciones en el Estado y castas en la democracia. Tal era entónces y tal es en el dia Lyon. En el lugar inferior al que ocupa esta clase media, que puede llamarse universal, se agita una poblacion de doscientos mil obreros, que habitan la ciudad, los arrabales y las pequeñas poblaciones del territorio lyones. Esta poblacion se ocupa en los diferentes oficios de la industria, y sobre todo en la preparacion de la seda.